

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

TEMA: DIOS ES LIBERADOR

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL

PROFESOR EDDIE MARRERO OLIVO

LOS REQUISITOS DEL CURSO ANTIGUO TESTAMENTO

POR

GÉNESIS MONTAÑEZ RAMOS

SAINT JUST, P. R.

19 DE JULIO DE 2025

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	1
FUNDAMENTO BÍBLICO DEL DIOS LIBERTADOR.....	2
TEOLOGÍA DEL ANTIGUO TESTAMENTO SOBRE LA LIBERACIÓN.....	3
LA LIBERACIÓN EN LOS PROFETAS.....	4
DIOS LIBERADOR EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	5
IMPLICACIONES TEOLÓGICAS Y ÉTICAS HOY.....	6
APLICACIONES PASTORALES Y ECLESIALES.....	7
CONCLUSIÓN.....	8
BIBLIOGRAFÍA.....	9

Hablar de Dios como liberador no es simplemente una metáfora teológica o una imagen simbólica. Es, en realidad, una afirmación central en la experiencia de fe del pueblo bíblico y un pilar fundamental para comprender la revelación divina. Desde los primeros relatos del Antiguo Testamento, Dios se manifiesta como Aquel que escucha el sufrimiento de los débiles, actúa en la historia y toma partido por los oprimidos. En un mundo marcado por múltiples formas de esclavitud —física, espiritual, social y económica—, el mensaje del Dios liberador resuena con especial urgencia, ofreciendo esperanza, justicia y transformación.

La importancia de abordar el tema de Dios como liberador radica en su capacidad de conectar la fe con la realidad concreta del ser humano. La Biblia no presenta a un Dios distante o indiferente, sino a un Dios profundamente involucrado con la historia de la humanidad, que interviene para rescatar, sanar, restaurar y establecer su justicia. Esta visión de Dios ha influido no solo en la teología, sino también en la misión y el compromiso social de la Iglesia a lo largo de los siglos. En contextos donde las personas enfrentan opresión, pobreza, marginación o violencia, el testimonio de un Dios que libera sigue siendo una buena noticia profundamente transformadora.

El objetivo de esta monografía es explorar y profundizar en la imagen de Dios como liberador, partiendo del testimonio bíblico desde el Éxodo hasta el Nuevo Testamento, pasando por los escritos proféticos, la teología del Antiguo Testamento, y llegando finalmente a la figura de Jesucristo como plenitud de esa liberación. Además, se abordarán las implicaciones teológicas y éticas de esta visión para la vida cristiana en el siglo XXI, así como algunas aplicaciones concretas para la misión pastoral y eclesial.

La metodología utilizada en este estudio será principalmente exegética y teológica. Se analizarán textos clave de la Escritura para entender cómo Dios se revela como liberador en diferentes épocas y contextos. También se incorporarán reflexiones de teólogos contemporáneos como Samuel Pagán, cuyas obras ofrecen una lectura contextual y comprometida con la realidad de América Latina y el mundo actual. A lo largo del trabajo, se hará un esfuerzo por integrar el mensaje bíblico con los desafíos sociales, políticos y espirituales del presente, con el fin de afirmar que el Dios de la Biblia no ha cambiado: sigue siendo el Dios que libera.

El fundamento bíblico de Dios como liberador se encuentra de manera emblemática en el relato del Éxodo, una de las narraciones más significativas y formativas de todo el Antiguo Testamento. En este relato, Dios se revela no solo como el Creador del universo, sino también como Aquel que se involucra activamente en la historia humana, particularmente en favor de los oprimidos. La opresión del pueblo de Israel en Egipto y su posterior liberación constituyen un punto de partida esencial para comprender la identidad de Dios y la fe del pueblo hebreo. En Éxodo 3:7-10, se presenta un momento crucial en la llamada de Moisés. Dios declara: “He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus opresores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos” (Éx 3:7-8a). Estas palabras revelan una verdad central sobre Dios: Él no es indiferente al sufrimiento humano. Escucha, ve, conoce y actúa. El uso del verbo “descender” refleja una implicación directa, una encarnación anticipada del Dios que se involucra, que no permanece en la distancia, sino que se hace presente en medio del dolor. La liberación del pueblo de Israel no fue un evento aislado, sino un acto fundacional que marcó profundamente la identidad del pueblo de Dios. En Éxodo 6:1-8, Dios reafirma su compromiso de pacto con los patriarcas y promete liberar al pueblo “con brazo extendido y con juicios grandes”. La opresión egipcia no sólo genera sufrimiento físico, sino también deshumanización y pérdida de identidad. Por ello, la intervención divina no fue solo un rescate logístico, sino una restauración total: de su libertad, su dignidad y su vínculo con el Dios de sus antepasados. El clímax de esta intervención divina se encuentra en los capítulos 12 al 15, donde se narra la institución de la Pascua, la salida apresurada de Egipto y el paso milagroso por el Mar Rojo. Estos eventos no solo representan la liberación física de la esclavitud, sino que inauguran una nueva etapa en la historia del pueblo: Dios se convierte en su guía, su protector y su legislador. La Pascua, establecida en Éxodo 12, se convierte en una conmemoración anual de la liberación, recordando generación tras generación que el Dios de Israel es un Dios que libera. La experiencia del Éxodo no fue únicamente una intervención histórica; fue una revelación del carácter divino. Dios no solo “liberó” una vez, sino que estableció un patrón para su actuar. Cada vez que el pueblo clamaba en medio de la opresión, el recuerdo del Éxodo se convertía en un fundamento de esperanza. En este sentido, la liberación se convierte en un acto teológico que define quién es Dios: un Dios que interviene, que escucha el clamor del sufrimiento y que actúa en favor de la vida, la justicia y la restauración. Desde esta perspectiva, el Éxodo no es solo una memoria del pasado, sino una clave hermenéutica para entender el actuar de Dios a lo largo de toda la Biblia. A partir de este evento fundacional, los profetas, los salmistas y los evangelistas evocarán continuamente al Dios que libera, dando forma a una fe comprometida con la vida y la dignidad humana.

La teología del Antiguo Testamento presenta a Dios como una figura profundamente activa en la historia, comprometida con el destino de su pueblo y con la restauración de la justicia en contextos de opresión. A lo largo de los textos veterotestamentarios, se percibe una constante: Dios no es estático ni pasivo, sino dinámico, comprometido, cercano. Su carácter no solo se revela a través de atributos espirituales o morales, sino especialmente mediante sus acciones concretas en favor de los marginados y oprimidos. El teólogo Samuel Pagán, en su obra *Teología del Antiguo Testamento*, destaca que la intervención de Dios en la historia no se limita a momentos aislados como el Éxodo, sino que forma parte integral del caminar del pueblo hebreo. Entre las páginas 36 a la 42, Pagán subraya cómo el Dios del Antiguo Testamento se manifiesta en acontecimientos específicos, actuando en medio de las estructuras sociales y políticas para transformar realidades injustas. Esta perspectiva histórica y contextual del accionar divino rompe con cualquier imagen de un Dios lejano, reafirmando que la teología bíblica nace desde y para la vida real del pueblo. La justicia divina, por tanto, no es solo un ideal abstracto. Es una acción restauradora. El Antiguo Testamento presenta repetidamente a Dios como juez justo que defiende al huérfano, a la viuda y al extranjero (cf. Dt 10:18; Sal 146:7-9). La justicia de Dios se manifiesta no en la neutralidad, sino en su parcialidad en favor de los débiles, en su opción preferencial por quienes son víctimas del abuso y la explotación. Esta justicia no solo castiga el mal, sino que busca restaurar el orden roto por el pecado humano. En el corazón de esta teología se encuentra el pacto. Dios no actúa arbitrariamente, sino en fidelidad a una alianza establecida con su pueblo. Desde el pacto con Abraham hasta los renovados compromisos en el Sinaí, el actuar liberador de Dios está motivado por su amor fiel (hebreo: *hesed*), por su promesa de vida y dignidad para su pueblo. Esta fidelidad de Dios implica también una responsabilidad por parte del pueblo: vivir conforme a los principios del pacto, ser agentes de justicia, compasión y misericordia en sus relaciones mutuas y en el trato con los extranjeros y los pobres. Así, la liberación en el Antiguo Testamento no es solo un evento, sino una teología vivencial: una manera de entender quién es Dios y cómo se relaciona con su creación. Samuel Pagán nos invita a ver esta teología como una propuesta profundamente ética, que conecta la espiritualidad con la vida social, y la fe con la transformación de las estructuras injustas. En resumen, la teología del Antiguo Testamento presenta a un Dios profundamente comprometido con la historia, cuya justicia se expresa en acciones liberadoras, y cuya fidelidad al pacto tiene como fin último la restauración integral de su pueblo. Esta visión de Dios como liberador no solo forma parte del pasado bíblico, sino que ofrece un modelo para la fe y la acción de la Iglesia en el presente.

Los profetas del Antiguo Testamento desempeñaron un papel central en la afirmación del Dios liberador. No solo anunciaban juicios y advertencias, sino que interpretaron la historia de Israel a la luz de la justicia divina y del pacto. Su mensaje fue profundamente social y teológico: denunciaban la opresión, la corrupción y la idolatría, y a la vez anunciaban la esperanza de restauración bajo el liderazgo de un Dios justo y compasivo.

El profeta **Amós**, por ejemplo, se levanta con una voz potente contra las injusticias sociales en el Reino del Norte. Amós denuncia el enriquecimiento ilícito de las élites, la explotación de los pobres y la distorsión de los sistemas judiciales (Amós 2:6-7; 5:10-15). En su mensaje, queda claro que Dios no acepta la adoración vacía ni los rituales religiosos si están desvinculados de la justicia: “*¡Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo!*” (Amós 5:24). Esta imagen poderosa muestra que la verdadera fe se expresa en un compromiso activo con la equidad y la verdad.

Isaías, por su parte, conjuga denuncia y esperanza. En los primeros capítulos de su libro, reprende duramente la hipocresía del pueblo que guarda las apariencias religiosas mientras descuida a los necesitados (Is 1:11-17). Sin embargo, también proclama un mensaje de consuelo para los afligidos. Isaías 61:1-2 anticipa una intervención divina liberadora: “*El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí... me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos*”. Este texto, retomado por Jesús en el Nuevo Testamento, presenta una visión integral de la salvación: espiritual, social y emocional.

Miqueas también se une a esta tradición profética, resumiendo en una fórmula sencilla y poderosa el deseo de Dios para su pueblo: “*¿Qué pide Jehová de ti? Solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios*” (Miq 6:8). Su mensaje resalta que la verdadera religión no se mide por los sacrificios ni por las palabras, sino por una vida comprometida con la justicia y la humildad. Los profetas, en conjunto, ofrecen un retrato coherente de un Dios que libera, pero que también exige fidelidad ética. La liberación no es un regalo automático ni un favor político: es un acto divino que llama a la conversión, a la reforma social y a la renovación espiritual. Dios no solo actúa contra los imperios opresores externos, sino también contra la injusticia interna del propio pueblo cuando éste olvida su vocación de ser luz a las naciones.

En este sentido, la voz profética es actual. En un mundo lleno de desigualdad, corrupción y sufrimiento, el mensaje de los profetas sigue resonando como una llamada a reconocer al Dios liberador que actúa en la historia y que llama a su pueblo a ser instrumento de su justicia.

La revelación plena del Dios liberador alcanza su punto culminante en la persona y misión de Jesucristo. En el Nuevo Testamento, Jesús no aparece como una figura aislada de la tradición profética y del mensaje del Antiguo Testamento, sino como su cumplimiento. Su vida, enseñanzas, muerte y resurrección reflejan el accionar de un Dios que continúa obrando en favor de los pobres, los oprimidos y los marginados, ofreciendo una liberación integral que abarca el cuerpo, el alma y la sociedad.

Uno de los textos más emblemáticos que conectan a Jesús con la imagen del Dios liberador es Lucas 4:18-19. En la sinagoga de Nazaret, Jesús lee el pasaje de Isaías 61 y declara: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”. Con estas palabras, Jesús se presenta no solo como un maestro espiritual, sino como el agente directo de la acción liberadora de Dios en el mundo. La liberación que Jesús trae es integral. Por un lado, confronta las estructuras religiosas y sociales que excluyen y oprimen. Se acerca a los enfermos, leprosos, mujeres, samaritanos, publicanos y pecadores —todos aquellos marginados por la sociedad de su tiempo— y los reintegra en la comunidad. Por otro lado, ofrece una liberación interior, rompiendo las cadenas del pecado, el miedo, la culpa y la desesperanza. Su mensaje del Reino de Dios implica una transformación radical de las relaciones humanas y una nueva forma de vivir basada en la misericordia, la justicia y el amor. La cruz, en este contexto, no es solo un instrumento de sufrimiento, sino el lugar donde se consuma la obra liberadora de Dios. Jesús carga sobre sí el peso del pecado del mundo, enfrentando la violencia y la injusticia sin responder con odio, y ofreciendo perdón incluso desde el patíbulo. Su resurrección es la victoria definitiva sobre todas las formas de esclavitud: el pecado, la muerte y el mal. A través de su resurrección, Dios confirma que la vida tiene la última palabra, y que la esperanza puede nacer incluso en los contextos más oscuros de opresión.

Así, el Nuevo Testamento presenta a Jesús no como un reformador político ni como un simple guía espiritual, sino como el Hijo de Dios que encarna plenamente la voluntad liberadora del Padre. Su vida y mensaje se convierten en modelo para sus seguidores, llamados también a continuar su obra, a anunciar libertad, a sanar, y a construir una comunidad basada en el Reino de Dios.

La liberación que Jesús inaugura no ha concluido: continúa a través de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, llamada a ser instrumento de salvación, justicia y reconciliación en medio del mundo.

Creer en un Dios liberador en el siglo XXI no puede ser solo una afirmación doctrinal o una idea espiritual abstracta. Tiene profundas implicaciones teológicas, éticas y sociales que deben influir la manera en que las comunidades de fe viven, actúan y se relacionan con el mundo que las rodea. Si Dios es verdaderamente un Dios que libera, entonces la fe cristiana no puede ser indiferente ante la injusticia, la pobreza, el racismo, la violencia y cualquier forma de opresión que afecte la dignidad humana.

La teología de la liberación —especialmente desarrollada en el contexto latinoamericano por pensadores como Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff y Jon Sobrino— ha puesto énfasis en esta dimensión esencial del cristianismo. No se trata de una ideología política disfrazada de religión, sino de una lectura profundamente bíblica y pastoral que afirma que Dios tiene una opción preferencial por los pobres. Esta opción no excluye a los demás, pero sí refleja una preocupación particular por quienes más sufren las consecuencias del pecado estructural en el mundo. Desde esta perspectiva, la Iglesia está llamada a ser una comunidad profética y solidaria, comprometida con la transformación de la realidad. La fe cristiana, más allá de su dimensión litúrgica y personal, debe expresarse en acciones concretas que promuevan la justicia, la equidad, la paz y el respeto a los derechos humanos. La espiritualidad auténtica no huye del mundo, sino que se encarna en él con la esperanza de que, por medio del testimonio cristiano, Dios siga actuando como liberador. Creer en un Dios liberador hoy también implica adoptar una postura ética frente a los desafíos actuales. Significa denunciar la corrupción, el abuso de poder, la violencia de género, el desplazamiento forzado, la exclusión de minorías y toda forma de discriminación. También significa anunciar, con palabras y acciones, un Evangelio de esperanza, sanación y libertad. La ética del Reino de Dios que Jesús proclamó y vivió nos desafía a romper con la indiferencia y a asumir una postura activa de compasión y justicia. Asimismo, la liberación no es solo social, sino también personal y espiritual. Muchas personas hoy viven esclavizadas por el miedo, el resentimiento, las adicciones, la desesperanza o el pecado. El mensaje del Dios liberador ofrece restauración integral, invitando a la sanidad interior y a la reconciliación consigo mismos, con los demás y con Dios. Por lo tanto, la misión de la Iglesia no debe centrarse únicamente en lo externo, sino también en acompañar procesos de sanidad espiritual y emocional. En resumen, creer en un Dios liberador hoy nos llama a encarnar la fe de manera comprometida, crítica y esperanzadora. Nos desafía a mirar el mundo con los ojos de Cristo, a vivir la compasión como principio de acción, y a comprometernos con la justicia como expresión de fidelidad al Evangelio. La Iglesia del siglo XXI debe ser, más que nunca, sal y luz en medio de contextos rotos, testimoniando que el Dios de la Biblia sigue liberando y transformando vidas.

El mensaje de un Dios liberador no solo debe ser comprendido teológicamente, sino también vivido y aplicado pastoralmente en el seno de la comunidad cristiana. La Iglesia, como cuerpo de Cristo en el mundo, está llamada a encarnar esta dimensión liberadora de Dios en todos sus aspectos: espiritual, social, educativo y ético. Esto implica adoptar un enfoque pastoral que esté arraigado en la compasión, el servicio, la denuncia profética y el compromiso con la transformación de las realidades de injusticia.

Una de las primeras formas en que la Iglesia puede encarnar al Dios liberador es a través de la educación teológica y bíblica contextualizada. Es necesario formar discípulos conscientes de su fe, capaces de discernir los signos de los tiempos y de interpretar las Escrituras desde la perspectiva del Reino de Dios. Esta educación debe promover una espiritualidad activa, comprometida con la justicia, y no una fe pasiva centrada exclusivamente en la experiencia personal. Cuando la Iglesia educa desde la visión del Dios que libera, forma agentes de cambio y esperanza.

Además, el servicio social es una manifestación concreta de la fe en acción. Los programas de asistencia a personas en situación de pobreza, el acompañamiento a víctimas de violencia, el cuidado de migrantes, niños en riesgo o adultos mayores abandonados, no son simplemente acciones filantrópicas, sino expresiones del corazón mismo de Dios. Jesús enseñó que lo que se hace por los más pequeños se hace por Él (Mt 25:31-46), por tanto, cada acción solidaria es una proclamación viviente del Evangelio.

Otra dimensión crucial es la defensa de los derechos humanos. En contextos donde las voces de los marginados son silenciadas, la Iglesia debe alzar la voz proféticamente. Esto implica asumir una postura valiente frente a gobiernos corruptos, sistemas opresores o estructuras sociales que perpetúan la exclusión y la violencia. El testimonio profético de la Iglesia consiste en ser “voz de los que no tienen voz”, anunciando la paz, la justicia y la dignidad como principios del Reino de Dios.

El liderazgo pastoral también debe reflejar la imagen del Dios liberador. Pastores y líderes están llamados no a ejercer dominio sobre las comunidades, sino a servir las con humildad, generosidad y sentido de misión. En muchas ocasiones, la Iglesia ha reproducido modelos autoritarios que contradicen el carácter liberador de Dios. Por ello, una pastoral liberadora es aquella que acompaña, empodera y promueve la participación activa de todos los miembros del cuerpo de Cristo.

Finalmente, la Iglesia debe ser presencia viva de esperanza en medio de la desesperanza. Esto incluye acompañar a los que sufren, crear espacios de sanidad espiritual y emocional, y proclamar un mensaje que no solo señala el pecado, sino que ofrece restauración y vida nueva. Una Iglesia comprometida con el Dios liberador es una Iglesia que vive, predica y actúa con el poder transformador del Evangelio.

En resumen, las aplicaciones pastorales y eclesiales del Dios liberador son múltiples y profundamente necesarias. En un mundo herido, la Iglesia debe ser testimonio fiel del amor de Dios, actuando como instrumento de liberación, sanidad y justicia.

A lo largo de esta monografía, hemos explorado la imagen de Dios como liberador desde una perspectiva bíblica, teológica y pastoral. Desde el relato fundacional del Éxodo hasta la misión de Jesús en el Nuevo Testamento, queda claro que el Dios de la Biblia es un Dios que interviene en la historia para liberar, sanar y restaurar. Este Dios no permanece indiferente ante el sufrimiento humano, sino que actúa con poder y compasión en favor de los oprimidos.

Hemos visto que esta liberación es integral: afecta tanto la dimensión espiritual como la social, ética y personal de la vida. La justicia divina, el compromiso con los pobres, la fidelidad al pacto y la esperanza profética son elementos que atraviesan toda la revelación bíblica y que siguen vigentes en nuestro tiempo. Además, se ha destacado cómo la Iglesia está llamada a continuar esa obra liberadora a través de su testimonio, su servicio y su compromiso activo con la dignidad humana.

En un mundo marcado por la desigualdad, la violencia y la desesperanza, el mensaje del Dios liberador sigue siendo profundamente relevante. No es un mensaje del pasado, sino una llamada viva y urgente a la acción, a la fe encarnada y al amor activo. Quienes creemos en este Dios estamos llamados a vivir como portadores de su liberación, proclamando con nuestra vida y nuestras palabras que el Reino de Dios está cerca, y que su justicia puede transformar todas las cosas.

BIBLIOGRAFÍA

Pagán, Samuel. Teología del Antiguo Testamento: Historia, experiencia y fe del pueblo de Dios. Miami: Editorial Unilit, 2002.

Gutiérrez, Gustavo. Teología de la liberación: Perspectivas. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2003.

Elwell, Walter A., ed. Diccionario Bíblico Wycliffe. El Paso, TX: Casa Bautista de Publicaciones, 2005.

González, Justo L. El Evangelio y la misión liberadora de Jesús. Nashville: Abingdon Press, 1999.

The Oxford Bible Commentary. Edited by John Barton and John Muddiman. Oxford: Oxford University Press, 2001.